

Después del Plan de Ayutla, el Plan de Tacubaya: muchos planes, pero más y más sangre . . . ¡Siempre sangre!

Una fecha gloriosa: 5 DE FEBRERO DE 1857, día en que el Congreso expidió nuestra Constitución Fundamental, de la que estamos orgullosos.

El 18 de Enero de 1858, el Presidente de la Suprema Corte establece el Gobierno Constitucional en Guanajuato.

Pero el rencor y el odio no se extinguen.

Tal parece que el genio de Caín batía sus negras alas en el hermoso cielo mexicano, que estábamos malditos, transformados en monstruos, y para siempre condenados á devorarnos los unos á los otros, en el regazo mismo de la madre, sobre el bendito suelo de la patria . . .

Como siempre, los sacerdotes se conjuran, azuzan á los Judas y encienden los rencores.

Sobreviene una nueva y aún más siniestra lucha, y aún más sangrienta guerra, llamada de Reforma.

Cae el impopular Gobierno de Miramón, con el desastre de Calpulálpam, en donde el Presidente conservador es derrotado por González Ortega, y en 1º de Enero de 1861, entra Juárez á México y organiza su Gobierno; pero quedan en pie muchos y muy temibles jefes conservadores que prosiguen la lucha.

La siniestra figura de Leonardo Márquez, descuella entre otras muchas figuras de asesinos, y la noble figura de Porfirio, el estudiante oaxaqueño, que ahora es Coronel, y ha conquistado ya muchos laureles, se destaca soberbia en Jalatlaco, dando un terrible golpe al sanguinario Márquez, al futuro Lugarteniente del Imperio.

Con la estúpida y torpe aventura de Napoleón, *el Fracasado*, las rastreras intrigas del Clero mexicano y los traidores, y la nefanda Intervención francesa, empieza otro año negro: 1862, año en que llegan á Veracruz los buques enemigos.

Vuelve á correr la sangre . . . mucha sangre, francesa y mexicana . . . ¡Siempre sangre!

Una junta de malos ciudadanos, la *Junta de notables*, ofrece el imposible TRONO MEXICANO á un Príncipe infeliz, el Archiduque de Austria, que engañado lo acepta, y paga con su vida, no el engaño, sino los atentados que comete, ó le hacen cometer sus consejeros.

Un Príncipe extranjero es proclamado Emperador del pueblo más patriota y más republicano de la Tierra . . . ¡Qué sarcasmo tan cruel en nuestra historia!

El efímero Imperio se desquicia, el deleznable trono se derrumba y el monarca se rinde.

No entrega la corona, porque ya no la tiene; pero entrega la espada, porque ya no le sirve.

Condenado á morir, es fusilado, y muere dignamente, con el valor sereno de un Hapsburgo, como deben morir los de su estirpe.

A su lado murieron los dos jefes que le fueron más leales: Miramón y Mejía.

¡Sangre de Reyes, genuina sangre Real, corrió esta vez mezclada con sangre de plebeyos y traidores!

Por este tiempo, hemos vuelto á encontrar al estudiante oaxaqueño, que ahora es General, y le hemos visto en Miahuatlán, la Carbonera y Puebla, siempre sobre las huellas enemigas, siempre contra las huestes invasoras y siempre en el camino de la gloria.

Tras el brillante asalto del 2 de Abril y la toma de Puebla, el vencedor Porfirio Díaz avanza sobre la Capital, á la que pone sitio.

Márquez, acobardado, deja el mando á Tabera y se esconde, como Vidaurri y otros jefes imperiales.

Iniciado el asalto, Tabera capitula, y el 21 de Junio de 1867, el estudiante aquel que había salido huyendo de Oaxaca para salvar la vida, mientras llegaba la hora de salvar á la patria, entra triunfante á México, y él mismo enarbola con sus manos, sobre el Palacio Nacional, el victorioso pabellón tricolor de la patria salvada.

El día 15 de Julio llegó á la Capital el Presidente Juárez y tomó posesión del Gobierno, que entregó el sitiador, al entregar la plaza conquistada.

Noble y grandiosa fué la lucha sostenida por Juárez.

Su patria, las Américas, la Historia, le han hecho ya justicia, inscribiendo su nombre entre los nombres inmortales de los benefactores de la Humanidad, y el pueblo mexicano, agradecido, rinde perenne culto á su memoria.

Juárez no era infalible.

Como gobernante, cometió graves errores.

Sus errores provocaron de nuevo la discordia, y de nuevo volvió á correr la sangre . . . ¡Siempre sangre!

La revolución, aunque esta vez contaba con jefes prestigiados, sucumbió ante el valor de los jefes gobiernistas, la disciplina del Ejército y la energía del Presidente.

«Cuando mediaba 1872, no quedaban más que girones de la tormenta, enredados en los picos de las lejanas serranías: la revolución, herida de muerte y fugitiva, buscaba refugios, ya no reparos para apoyar nuevos ataques.»

«La autoridad y la fuerza moral del Gobierno, habían cobrado energías nuevas en la brega: obligar al país político, educado en la revuelta perpetua, á la paz á todo trance; ahogar en sangre el bandolerismo y la inseguridad; empujar la gran obra material de que dependían las otras; entrar en relaciones diplomáticas con las naciones europeas, para dar pábulo y seguridad al comercio internacional; poner en estudio todas las grandes soluciones prácticas posibles de nuestro estado económico: la colonización, la irrigación sistemática del país agrícola, la libertad interior de comercio, y conjurar con ésto el avance constante en la reorganización de nuestro régimen hacendario; aumentar los elementos de educación, para transmutar al indígena y al mestizo inferior en valores sociales, tal era el programa de la paz con tan cruenta labor reconquistada. Pero no por eso descuidaba Juárez la mejora política: sus dos miras finales, ansiosas, persistentes, convertidas en hierro por su voluntad, eran la creación de un Senado para equilibrar la acción legislativa, sin contrapeso alguno en nuestra Ley fundamental, y la constitucionalización de los principios de Reforma, para hacer de ésta la regla normal de nuestra vida política y social.»\*

Magna era, en verdad, la labor que abarcaba este programa, y es dudoso que aquel Gobierno, falto de recursos, hubiera conseguido realizarla, y es un hecho que la revolución estaba herida, pero no *de muerte*.

*El herido de muerte*, era el gran Juárez, en cuyo corazón ya se iniciaba la cruel enfermedad que le arrancó la vida.

\*  
\* \*

Un día de duelo, el 18 de Julio de 1871, expiró el gran patricio, en la solemne, muda serenidad atávica y grandiosa de su raza, sin revelar en el semblante augusto, ni el acerbo dolor que le mataba, ni la inmensa tristeza de su alma: la infinita tristeza del que muere sin poder terminar una gran obra.

\* Justo Sierra.—México. Su Evolución Social.—J. Balleescá y Cía. Sucesor, Editor.—México, 1901.

El hombre de la Reforma había concluido, y el hombre de la Paz había empezado.

Entre el Reformador que se iba, y el Pacificador que venía, quedaba Lerdo, es decir: nadie.

Porque el Gobierno de Lerdo, sucesor de Juárez, no fué de trascendencia en el desenvolvimiento de nuestra nacionalidad, ni de gran significación en nuestra historia.

El único suceso de importancia en este tiempo, fué la proclamación del Plan de Tuxtepec y la revolución consecutiva, cuyo triunfo llevó al poder al hombre que ha podido, después de muchos años de abnegación y de trabajo, realizar el programa con que llegó á soñar Benito Juárez.

La mala situación creada en el país por tantos y tan grandes errores é infortunios en qué habíamos caído, llegó en tiempo de Lerdo á ser insoportable.

Dice D. Justo Sierra:

«El peligro de aquella situación era psicológico, estaba en Lerdo mismo, estaba en un defecto intelectual, que suele ser propio de los talentos extraordinarios, como el suyo indudablemente lo era: no creía necesitar de nadie para la acción; no creía necesitar de consejo, no deliberaba, se informaba negligentemente y decidía sin elementos suficientes muchas veces. Lerdo era un gran señor, capaz de hacer cosas admirables, arrimado á un gobernante de carácter soberano.

«En dos años rápidos, 74 y 75, se le vió pasar del prestigio al desprestigio; de la popularidad sin sombras, á una impopularidad que pudo al fin llamarse absoluta.»

Tiene razón, en parte, el Sr. Sierra.

El peligro de aquella situación era psicológico, pero no estaba en Lerdo, estaba en el pueblo mismo, que necesitaba, á todo trance, no un *gran señor*, sino un gran gobernante.

Para otra nación, para otro tiempo, Lerdo hubiera bastado; para el México de aquella época, era insuficiente.

Lo que en aquel aciago tiempo se necesitaba, era el *gobernante de carácter soberano*.

Lerdo no tuvo el patriotismo necesario para entregar el puesto que ocupaba contra la voluntad de la Nación entera, y fué preciso que la Revolución de Tuxtepec le derrocara.

Han pretendido algunos descontentos, echar sobre Porfirio Díaz toda la responsabilidad de aquella última revolución, que nos ha dado la paz que disfrutamos y todo cuanto somos y valemos.

Creo que obra de un pueblo, y no de un hombre, fué la revolución tuxtepecana; pero si fué Porfirio Díaz el que la hizo, puede estar orgulloso de haberla hecho.

La situación de México era, entonces, la angustiosa, la triste situación de un pueblo descarriado, que á fuerza de constantes decepciones y amargos desengaños, ha perdido la fe en el porvenir y la esperanza de alcanzar el ideal ambicionado.

Al entrar en el último tercio de ese fecundo siglo XIX, faltaba á nuestro pueblo, lo que hoy, al empezar el siglo XX, le ha faltado á otro valiente y abnegado pueblo, al pueblo lusitano: una alma, una creencia, una bandera.

Dice el gran pensador republicano, el Víctor Hugo portugués, Guerra Junqueiro:

«Todo era fácil, todo era sencillo, desde el momento en que se nos diese una fe, una creencia, vida luminosa, un alma.

«Eso es lo que nos falta: un alma en lo más alto, un alma al frente de los destinos del país, un alma que sienta nuestros dolores, que padezca con la patria y llore y rece con ella.

«El pueblo, aún es capaz de resucitar.

«Hay en él, en el fondo de ese pueblo, un enorme peculio de inteligencia y de resistencia, de sobriedad y de bondad, que es un tesoro oculto.

«Fuera el Jefe del Estado un hombre á la altura de su misión y de su destino, y la nación moribunda se levantaría como por encanto, y poco se me importaba á mí la forma de Gobierno; lo esencial es la forma del gobernante.

«La seguridad de la patria exigía urgentemente al frente del Gobierno, un hombre de superior inteligencia, de altivo carácter, de ánimo heroico, que resolviera la cuestión económica, y la política, y la moral, llamando al empeño su voluntad sobrehumana y el sacrificio de todos.»

Si del infortunado pueblo portugués, aún no ha surgido el hombre extraordinario, de voluntad, de ánimo y carácter, soñado por Junqueiro, en México surgió, por nuestra dicha, y contamos con él, desde hace cincuenta años.

Voluntad sobrehumana, resistiendo por más de medio siglo el formidable embate de las luchas civiles y extranjeras, la colisión de todas las pasiones y el oleaje de todos los furros: la envidia, la ambición y la calumnia, la ingratitud y las traiciones....

Carácter tan altivo y tan entero, que ni se doblegó ante el infor-

tunio, ni ante las amenazas ha cedido, ni ante la adulación y las lisonjas ha flaqueado....

Ánimo tan heroico, que ha podido llegar, sin que los vértigos le aturdan, á esa temible y prodigiosa altura en que sólo se mecen los condores....

Todo lo tiene este hombre incomprensible, que aplicando su poderosa acción á la acción de su tiempo y de su medio, logró, por yo no sé qué fenómeno increíble de la vida social, dar á su pueblo un alma colectiva, conciencia nacional y un elevado sentimiento de patria.

El ideal del poeta-filósofo Junqueiro, eso es Porfirio Díaz para nosotros, y eso será también para la Historia.

Sus mismos enemigos no han podido hasta ahora reprocharle, más que el haber acaudillado, en favor de los derechos de sus conciudadanos, un movimiento revolucionario, que, por cierto, hace honor á su civismo.

Por sus hechos, tenemos el supremo, el absoluto derecho de juzgarle; mas la revolución no fué obra suya.

Las revoluciones no las hacen los hombres, las hacen las ideas.

No estallan de improviso, por generación espontánea, y, como dice Fuscini: no son hijos sin padres, sin antecedentes, sin hondos y costosos preparativos en las entrañas de la sociedad que las produce.

Nada en el orden físico brota, nace ó germina por vía espontánea, y en la vida política y social, regida por las mismas eternas é inmutables leyes de la Naturaleza, tampoco nace, brota ó crece una revolución trascendental, sino tras larga y dolorosa gestación, que suele durar siglos.

Entre nosotros, la revolución sólo fué *un hecho*, y creo con Luis Morote, que:

«Ante la augusta, majestuosa serenidad é imparcialidad de la Historia, los hechos no son inocentes ni criminales, no son antipáticos ó simpáticos: son *hechos*.

«La ley social, como las leyes físicas ó naturales, ha de cumplirse inexorablemente para que exista el orden supremo de la armonía cósmica, de la evolución universal.

«Las catástrofes sociales, como las catástrofes bíblicas, los diluvios y los terremotos, producirán eternamente hecatombes humanas, constituyendo hechos fatales, como la ley de gravedad, y á la razón no le toca más que explicarlos, no juzgarlos.»

\*  
\* \*

Desde el año 1871, el hombre que durante la revolución de Ayutla se salió de la escuela para empuñar las armas por odio al despotismo; el que en la guerra de reforma sostuvo la independencia nacional; hasta restablecer el Gobierno en la capital de la República triunfante; ese mismo hombre ofreció consagrar cuanto valía y cuanto era, á la causa del pueblo, y lo ha cumplido.

Y no sólo ha cumplido, sino que ha consagrado á esa causa del pueblo, hasta su ancianidad inverosímilmente vigorosa.

Ancianidad que otro cualquiera hubiera consagrado al descanso, al hogar, á la familia, al deleite del triunfo y á la tranquila satisfacción de la victoria.

Después de tanta lucha, ¿quién no anhela descansar en un lecho de laureles, ungido por la gloria, mecido por las brisas de la patria y arrullado por la voz cariñosa de sus hijos y los himnos de un pueblo agradecido, ante la admiración del mundo entero?

¿Y quién, en su lugar, no habría soñado con restaurar el trono de Cuauhtémoc y ceñir á sus cienes triunfadoras, la corona arrancada en cien combates, al noble descendiente de los altivos Césares germanos?

Imaginaos al victorioso Cónsul Bonaparte, renunciando el Imperio y la diadema, para él, para su esposa y para su hijo, en el momento mismo en que ponía su pie sobre las gradas del trono de San Luis y Enrique IV, y así tal vez podréis medir el sobrehumano esfuerzo que el cerebro más firme, que el hombre más sensato necesita, para sentir bajo sus pies un cetro y tener en su mano una corona y . . . resistir la tentación más loca!

\*  
\* \*

Pasa un siglo, y ante la muda, incomprensible eternidad del tiempo, un siglo nada cuenta.

Nace un pueblo, y entre el confuso torbellino de razas y de pueblos que nacen, se atropellan y se extinguen, un pueblo más ó menos, nada significa.

Surge un hombre, y entre los miles de millones de hombres que pasan sobre el mundo, luchando por la vida, en perpetuo desfile hacia la muerte, un hombre nada vale.

Mas si el siglo que pasa es un gran siglo de lucha, de combate, de abnegación y sacrificio . . .

Y si el pueblo que nace es un gran pueblo que, al nacer á la vida, nace á la libertad que le redime, al progreso que le enaltece y al trabajo que le santifica . . .

Y si el hombre que surge es un gran hombre, que surgiendo del hondo y negro abismo de las sangrientas luchas fratricidas, del caos de la anarquía y del exterminio, viene á esgrimir su espada vengadora contra los enemigos del derecho, para salvar á sus hermanos de la miseria, y á su raza de la esclavitud y á su patria de la tiranía . . .

Si tal cosa sucede, como sucede siempre que la Fatalidad, la Providencia ó el Destino, unen la acción del tiempo á la influencia del medio, al esfuerzo de un pueblo y al empuje de un hombre, para crear una patria, conquistar un principio y trazar una historia . . .

Entonces, ese siglo y ese pueblo y ese hombre, significan, no ya lo que un girón de tiempo perdido en los arcanos de lo eterno, ni lo que un extraviado rebaño peregrino, marchando hacia lo incierto sobre el árido polvo del planeta, ni lo que un miserable sér humano, agotando su estéril esfuerzo en los desastres de la ruda brega.

Entonces, ese siglo y ese pueblo y ese hombre, representan el más heroico impulso, el más hermoso triunfo, el más glorioso paso en el sendero del progreso humano, y como el iris, simbolizan la más dulce promesa de paz y de ventura, la más risueña calma, tras el sordo fragor del huracán enfurecido y el pavoroso estrago de la tormenta desatada.

\*  
\* \*

Un gran siglo del mundo, un gran pueblo de América y un gran hombre de México, indisolublemente confundidos en esa trinidad generadora de prodigios, que obedeciendo á inquebrantables leyes, rige la evolución y los destinos de las razas humanas, han logrado, por fin, tras formidables conmociones, realizar el portento: crear una nación tan firme y vigorosa, que ya desde su infancia marcha por el camino del progreso, con el potente paso con que marchan las más cultas naciones del viejo Continente.

Busco, en vano, al dirigir la vista á lo pasado, un hecho seme-

jante, y por más que investigo, no lo encuentro tampoco en el presente.

¿Es la influencia del siglo? ¿es la índole del pueblo? ¿es el genio del *hombre* lo que á otras repúblicas hermanas ha faltado para alcanzar el triunfo que nosotros hemos obtenido?

Problema es éste, muy superior á las escasas fuerzas de un escritor, á quien quizás ofusca el patriotismo: su exacta solución nos la dará la Historia.

Y entretanto: ¡A luchar, pueblo elegido!

Cien años has bregado, y es mucho lo que has hecho, y es mucho lo que tienes; pero aún es mucho más lo que te falta.

Ese fulgor de gloria, que circunda tu frente de titán recién nacido, es nada más que un Orto de esperanza, y aún faltan muchos siglos para que llegue tu brillante Ocaso.

La lucha no ha cesado, ni cesará jamás, mientras existas; pero ha de ser ya otro el teatro de la guerra.

En lo futuro, se luchará en la gleba y en la escuela.

Los combates se han de seguir librando en los talleres.

Tus soldados no esgrimirán los sables homicidas, ni empuñarán sangrientas bayonetas.

Empuñarán la escuadra y el arado; esgrimirán la pluma y el martillo, y sus gritos de guerra serán siempre:

¡Progreso... Paz... Libertad de pensamiento!

Ya una generación viril y adelantada, tu juventud, que está sobre la brecha, va lanzando esos gritos y arrollando cuantos estorbos surgen á su paso.

Ya tus cañones han enmudecido....

Tus clarines tocan himnos de paz al pie de tus clavadas y gloriosas banderas, y tus armas están colgadas ya; pero debajo de ellas y escrito con la sangre de tus hijos, aún se puede leer: *Nadie las mueva!*....

Salve, valiente pueblo mexicano, que apenas escapado del abismo, y con la frente aún ensangrentada, te aprestas á escalar las altas cumbres de la ideal perfección indefinida....

Hoy, al verte pasar hacia la altura donde el excelso porvenir te espera, todos los hombres libres te bendicen, todos los pueblos cultos te respetan y todas las naciones te saludan.

México, Septiembre 15 de 1909.

Fortunato Hernández.

## PRIMERA PARTE

### LA VIDA ENTERA DE UN HOMBRE.